

MANUEL  
SCORZA

LA TUMBA  
DEL  
RELAMPAGO



En esta novela asistimos a la llegada del abogado Genaro Ledesma, en 1958, a Pasco, en calidad de maestro de escuela. Allí descubrió el Perú secreto de los campesinos indígenas. La región estaba dominada por una empresa norteamericana y los grandes hacendados, mientras el pueblo llano permanecía reducido a la servidumbre.

Ledesma se convirtió en caudillo de las reivindicaciones populares y debió enfrentarse con los poderes fácticos... a costa de su libertad. Scorza participó en tales acontecimientos y nos ofrece una historia magistralmente escrita con la que culmina su célebre ciclo de novelas épicas.

## 1

## Origen de los cataclismos que amenazaron con rajar el mundo

Primero vio vientos que se contradecían. Las montañas seguían inmóviles. Pero los vientos se contradecían. Por el movimiento de los árboles se percató de que no eran ordinarios. «El aire sopla en una sola dirección». Estos vientos iban y venían hacia todos los horizontes. Una mitad de los bosques doblados por los vendavales se torció hacia Occidente. La otra hacia Oriente. Y, lo más absurdo, las hojas de los árboles que no castigaban los vientos de Oriente u Occidente, caían hacia arriba. La lluvia también cambió de dirección. «Llueve de la tierra al cielo». Entonces, la multitud advirtió algo. Hasta ese instante entregado a pacíficos negocios, el gentío de la plaza examinaba, regateaba, trocaba, disputaba la mercadería de una Feria Dominical concurrida. El sopor del mediodía se rajó. Acometida de pánico, la multitud se lanzó a correr. Entonces el suelo empezó a ondular como si alguien avanzara serpenteando bajo la tierra. «Solo el dios Kolliriqui es capaz de caminar cinco años bajo tierra. No puede ser él. Debe ser un terremoto». Pero el cataclismo crecía con demasiado cálculo, como para ser-

lo. En los cuatro rincones del mundo, la tierra temblaba, ondulaba, con la misma velocidad. En eso el cataclismo se detuvo.

Y escuchó el jadeo que salía clarísimo debajo de la tierra. No uno: seis jadeos. Observó que los ojos de la cabeza miraban hacia las esquinas donde el resto del cuerpo, despedazado, comenzaba a juntarse. Y comprendió que era Inkari, el disperso cuerpo del dios Inkari que se reunía bajo las entrañas de las cordilleras que ahora volvían al cataclismo. Montañas colosales se elevaban, se abajaban, cerraban planicies, cegaban precipicios, grandes ríos, despellejaban llanuras, tapiaban ríos, cataratas. «El fin del mundo será», se aterró. «¿O el comienzo verdadero?». Jadeando más todavía, resoplando, los brazos y piernas, el vientre, el pecho desgajados del cuerpo de Inkari, se abrían paso, reptaban hacia la cabeza que en el centro parpadeaba ahora con furor, con alegría, con nuevo furor, como ordenando, como aceptando. ¡Inkari volvía! ¡Inkari cumplía su promesa! En vano los extranjeros lo habían decapitado, destazado su cuerpo, enterrado sus restos en los extremos del universo. Bajo la tierra, el cuerpo de Inkari había seguido creciendo, juntándose con los siglos. ¡Y ahora, por fin, se reunía! «Cuando mis hijos sean capaces de enfrentarse a los extranjeros, entonces mi cuerpo divino se juntará y saldrá de la tierra para el combate final», había anunciado Inkari. ¡Se cumplía!

Maravillaespantado, el tusino Remigio Villena contempló el prodigio tejido en uno de los ponchos de doña Añada. Infinidad de veces, había admirado en ese poncho, la escena inmóvil del descuartizamiento de Inkari. ¡Ahora, por primera vez, veía! El poncho cobraba vida ante sus ojos. En el tejido, Inkari juntaba sus miembros, salía triunfante de la tierra. ¿Era llegado el momento?

Esa noche de agosto, a los 39 años de su edad, el ganadero de Tusi, Remigio Villena, comprobó que doña Añada, la ciega de Yanacocha, se había confundido. En la desespe-

ración de su ceguera, creyendo tejer el pasado había tejido el porvenir. No pudiendo avanzar bajo la luz, por el Mundo de Afuera, la ciega había viajado por el Mundo de Adentro. Y en alguna andanza, llegada a alguna encrucijada, doña Añada se había extraviado. Y sin saberlo, había recordado lo que todavía no había sucedido. Esto amedrentaba a Remigio Villena. ¡La ciega de Yanacocha no había tejido el pasado, sino el futuro! Comerciando ganado, Remigio Villena había visitado Yanacocha. Solo años después supo que, mientras él negociaba, la ciega había sido expulsada de la casa de un principal de Yanahuanca, sirviendo en cuya cocina había gastado la vida. En su desamparo, la ciega recordó su aldea natal y retomó. Los comuneros de Yanacocha acogieron su desgracia: la autorizaron a vivir en la casita abandonada que se distinguía desde la loma Escapata. Agradecida, ella prometió tejer la historia del pueblo. Poco después, las autoridades de Yanacocha comenzaron a recibir sus muestras de gratitud: desconcertantes productos — supusieron, apiadados— del desvarío de un invidente que confundía todo sin remedio. Por esos años se rebelaron contra los grandes propietarios que usurpaban sus tierras. El reclamo terminó en una masacre. Uno de los sobrevivientes recordó después haber antevisto, en sueños, la carnicería. Luego recordó mejor. ¡No había asistido a la masacre en sueños sino en uno de los ponchos tramados por doña Añada! Nadie creyó al alucinado. Pero cuando las fiebres lo perdonaron, el sobreviviente viajó a Racre. Deslumbrado, estupefacto, comprobó que en el poncho —¡tejido cinco años antes!— la ciega había descrito la sublevación y la masacre. Tan minuciosamente que el sobreviviente reconoció hasta los mofletes del Capitán que había comandado el crimen. En el tejido constaban los rostros de todas las víctimas. ¡Si alguien se hubiera percatado antes del inestimable valor de los ponchos! Las autoridades del pueblo ordenaron recolectar todos los tejidos de la ciega. Solo consiguieron recuperar cuatro. Volvieron a espantarse: en dos reco-

nocieron escenas ocurridas después de la muerte de doña Añada; los otros mostraban escenas que nadie logró descifrar.

¿Era llegado el momento?

Todo el día, sin moverse para nada, siguió observando los cataclismos que estremecían el poncho. A medida que la luz declinaba, Remigio Villena vio debilitarse el tejido: los colores eran menos intensos. Hacia el atardecer, el cuerpo de Inkari regresó a la tierra, sus miembros volvieron a separarse y a dispersarse bajo las colinas, los ríos, los enormes bosques. Y la cabeza, sola de nuevo, cerró los ojos.

## 2

## Genaro Ledesma regresa a Cerro de Pasco, mientras la nieve cae sobre sus recuerdos

¿Y si los libros se equivocan?, se preguntó el flamante abogado Genaro Ledesma. El viejo «Ford» jadeaba en la subida. ¿Y si ya era llegada la hora de la guerra campesina en los Andes Centrales? El motor tosía en el aire escuálido. Agotado por la cuesta, el ómnibus entró a la pampa Junín. A cuatro mil trescientos metros de altura, la falta de oxígeno aplastaba el pecho. José Carlos Mariátegui, quizás el único creador del marxismo americano, había escrito que el más vasto reservorio de energías revolucionarias de la América Latina dormía en las profundidades del campesinado quechua. Una bandada de patos hendió el cielo sin dejar cicatrices pero Mariátegui también dijo que «cuando la rebelión indígena de Atusparia aspiró a transformarse en una revolución, se sintió impotente por la falta de fusiles, programa y doctrina. El programa del movimiento era tan viejo como su parque bélico».

—Eso fue en el siglo pasado —murmuró.

—¿Qué dice, don Genaro?

—Nada, Negro.

—Está usted soñando, don Genaro —dijo el chófer, comprensivo. Todo el mundo se duerme atravesando esta pampa.

Una camioneta los sobrepasó. ¿Y si los libros se equivocan? Los envolvió la polvareda. ¿Y si el Partido se equivoca? El pasajero de la derecha abrió la ventanilla y vomitó. Después de La Oroya casi todos los viajeros sufrían soroche, mal de altura acentuado por la defectuosa carburación del ómnibus. «En la América Española, semifeudal aún, la burguesía no ha sabido ni querido cumplir las tareas de liquidación de la feudalidad. Descendiente próxima de los colonizadores españoles, le ha sido imposible apropiarse de las reivindicaciones de las masas campesinas. Toca al socialismo esta empresa. La doctrina socialista es la única que puede dar un sentido moderno, constructivo, a la causa indígena que, situada en un verdadero terreno social y económico, y elevada al plano de una política creadora y realista, cuenta para la realización de esta empresa con la voluntad y la disciplina de una clase que hace hoy su aparición en nuestro proceso histórico: el proletariado». ¿Y si los libros se equivocan? La víspera, en su cuartito de Lima, Ledesma había releído el prólogo de Mariátegui a *El Amauta Atusparia* de Reyna, relato de la desesperada insurrección campesina que ensangrentó la Sierra Norte a fines del siglo XIX. Atusparia se rebeló con los indios de Ancash, asaltó y tomó Huaraz, la capital del departamento, proclamó la resurrección del Imperio incaico, combatió desesperadamente con sus huestes descalzas. Fue vencido. *Falta de fusiles, de programa, de doctrina*. En instantes, el granizo comenzó a nevar. El chófer disminuyó la velocidad. El granizo cubrió la carretera por donde pugnaban camiones sobrecargados de mercadería. Más adelante, parados junto a un lujoso «Chevrolet» azul, dos hombres ateridos, de caras verdes por la anoxia, les hicieron señas angustiadas. El Negro aceleró:

—¡Blanquiñosos de mierda! Aquí, en la Cordillera, cuando se les joden sus autitos, suplican ayuda. Y cuando bajan a la Costa se cagan en el cojudo que los ayudó.

*Falta de fusiles, de programa, de doctrina.* Ledesma adivinó las aldeas acurrucadas detrás de la nevada. En esa estepa, allá por 1821, las desharrapadas tropas del Libertador Bolívar vencieron al Ejército del último Virrey español. Imaginó Pari, Ondores, Huayllay, Cochamarca, Ninaragrac, Yaruyacán, Rancas: pueblos míseros donde ahora hervía la impotente cólera de cientos de miles de campesinos. *Toca al socialismo esta empresa.* El ómnibus se detuvo. Una fila de camiones, camionetas y automóviles bloqueaba la carretera ya invisible bajo la granizada. El pasajero vomitó de nuevo. Muy pálido, con los ojos cerrados, se reclinó apretando en las manos temblorosas una estampita de Santa Maca, la milagrosa, virgen que por encima de todas veneraban los campesinos de Pasco. Tres años antes Ledesma había atravesado, por primera vez, la pampa. Se recordó titiritando en el vagón de segunda clase del Ferrocarril Central. Tras meses de inútiles gestiones para obtener una vacante de maestro secundario, le ofrecieron una que nadie solicitaba: profesor de la Unidad Escolar «Daniel A. Carrión», en Pasco, a cuatro mil trescientos metros sobre el nivel del mar, diez grados bajo cero y sin calefacción alguna. Le quedaban cuatrocientos soles, último préstamo arrancado a la magra economía de su hermana: aceptó. Una pegajosa mañana del verano de 1958 subió al tren cargando una maleta que contenía dos camisas usadas, otra nueva, un gastado traje de casimir negro, y textos: libros para sus cursos de Castellano e Historia, copias mimeográficas de sus asignaturas del quinto año de Derecho, borradores para su tesis de abogado, ensayos de Mariátegui y versos del poeta que más admiraba en el mundo: César Vallejo. En la Estación de Desamparados de Lima consiguió asiento en un vagón repleto de mestizos gordos, comerciantes, agentes viajeros, tinterillos de mala muerte, pleiteantes sin esperanza, empolleradas indias que se afanaban entre canastas repletas de bizcochos, lujos capitalinos: los únicos al alcance de esos inmigrantes serranos, que regresaban enfundados

en trajes baratos y zapatos nuevos. Así ataviados demostrarían en sus pueblos que el retorno no era el fracaso que tembleteaba en sus ojos apagados. Entre sus conocimientos de Cerro de Pasco, al maestro Ledesma le faltaba informarse que sin un buen abrigo, una espesa bufanda y guantes de lana, los viajeros corrían el riesgo de congelarse durante el viaje. Empezó a sentirse mal después de Matucana, poco antes de que el tren de la «Peruvian» emprendiera la aterradora subida de Ticlio: el único paso de la Cordillera Central. Entró y salió vomitando del lúgubre, interminable túnel de Galera. Lo salvó César Vallejo. Para no angustiarse trató de releer uno de sus poemas. El mareo lo obligó a soltar el libro: se lo recogió un pasajero de gastado abrigo gris.

—¿Así que somos admiradores de Vallejo? —exclamó teatralmente.

Ledesma, más muerto que vivo, lo escuchó declamar *Los Heraldos Negros*.

*Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!  
Golpes como del odio de Dios, como si ante ellos  
la resaca de todo lo sufrido se empozara en el alma...  
¡Yo no sé!*

Ledesma casi no escuchaba. El vaivén del tren le retumbaba en las sienes por estallar.

*Son pocos, pero son... Abren zanjas oscuras  
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.  
Serán tal vez los potros de bárbaros Atilas  
o los Heraldos Negros que nos manda la Muerte...*

El pasajero terminó de recitar con los brazos abiertos en cruz. Sonrió satisfecho y extendió una mano de uñas negras.

- Justo Parra, para servir a usted.  
—De igual modo —se esforzó Ledesma.  
—¿A dónde va, mi amigo?  
—A Cerro de Pasco.  
—¿Ya la conoce?  
Ledesma movió débilmente la cabeza.  
—¿Qué le parece la Cordillera?

¡Era inconcebible! El trenecito no terminaba nunca de trepar y trepar montañas que masticaban montañas antes de ser devoradas por otras montañas. El aire se adelgazaba bajo un cielo tan límpido que dolía en los ojos.

El pasajero le ofreció café de un termo amarillo y un pulóver que apenas atenuó la inclemencia de esa cordillera que Ledesma conocía solamente por libros que describían mal ese país inmenso, donde conviven al mismo tiempo, sin conocerse, los hombres de los desiertos de la Costa (allí donde fresco es el día que no llega a los cuarenta grados), los habitantes de los oasis polvorientos como Lima (doscientos días al año encapuchada por la neblina) los impenetrables hombres de las cordilleras (donde la noche descende a veinte grados bajo cero) los exaltados hombres de la selva: peruanos separados por montañas, desiertos y bosques menos infranqueables que sus abismos sociales. *La burguesía no ha sabido ni querido cumplir las tareas de liquidación de la feudalidad.* ¿Era posible? Antes que el aventurero norteamericano Meiggs construyera el ferrocarril más alto del mundo, para viajar de Lima a Cusco se requerían dos semanas a caballo. *Toca al socialismo esta empresa.* Las gallinas que los campesinos llevaban en sus canastas, se hundían, ellas también, en el lívido silencio de las alturas. Llegaron de noche a Cerro de Pasco. En el andén helado lo acometió un vahído. El pasajero lo sostuvo, le bajó la maleta, lo metió en un vetusto taxi que lo llevó al «Hotel Bolívar». En casi todas las ciudades del Perú siempre hay un «Hotel Bolívar» que cree beneficiarse con el nombre del más prestigioso hotel de Lima. El «Bolívar» de Cerro era

maloliente y sucio, pero por suerte allí vivían otros profesores del «Daniel A. Carrión». Ellos lo llevaron a presentarlo al director. Casi tambaleándose, atenazado por el dolor de cabeza y por el ruido de la gigantesca refinería minera, avanzó por las callejuelas barridas por el viento cortante. En la oficina del director encontró, qué tal suerte, una estufa prendida.

—Mucho gusto, señor Ledesma... Yo ya temía que nadie ocupara esta vacante...

Ledesma tiritaba de soroche, de fatiga, de frío. El director comenzó a indicarle su horario.

—Lo siento mucho, doctor Becerra... Creo que me regreso a Lima. No soporto la altura... Si sigo acá, me muero. Ahora me explico por qué nadie solicitó antes el puesto. ¡Cerro es terrible, señor director!

Becerra sonrió, preocupado.

—No le tema a la altura, profesor. En unos días se le pasará todo malestar. Lo que pasa es que usted no está bien abrigado. Aquí usamos otra ropa. Para comenzar, tiene usted que comprarse calzoncillos largos y camisetas de lana... ¿Tiene con qué, profesor?

—Francamente, estoy con las justas.

—Tampoco se preocupe por eso. Ahora mismo le consigo un crédito en «Gamarra Hermanos»... Yo también sufrí como usted. ¡Ahora míreme! ¡Estoy completamente aclimatado! Lo que pasa es que aquí respiramos un tercio del oxígeno que se respira en la Costa. El cuerpo reacciona fabricando glóbulos rojos. Dentro de quince días tendrá usted seis millones de glóbulos rojos. Entonces se adaptará.

Así fue. Ledesma se recuperó, se interesó por sus cursos. Ese año, el Colegio inauguró una Sección Nocturna para los mineros: muchos de esos alumnos eran padres de los alumnos de la Sección Diurna. Enseñando en la Nocturna comenzó a descubrir el Perú secreto de los campesinos quechuas. El curso lo apasionó. Esos alumnos graves, que escuchaban sus lecciones de historia con los rostros tizna-

dos por el trabajo en los socavones, le daban sentido a la enseñanza. Se adentró tanto en sus problemas que pronto olvidaron que él era hombre del Norte. Cuando Radio Pasco ofreció un espacio al Colegio, Ledesma se propuso como animador del programa cultural «La Alborada». Gracias a la radio, la gente terminó de perderle la desconfianza con que se recibe a todos los afuerinos. Comentaban sus programas, le solicitaban que denunciara abusos, le informaban de todo. A mediados de 1959, Ledesma percibió un cambio: los alumnos comenzaron a ralear. El semestre acabó con las aulas vacías. La ciudad también se despoblaba. La «Cerro de Pasco Corporation» había decidido cerrar algunas minas. Los precios del plomo y del zinc descendían en el mercado internacional. La Empresa se protegía despidiendo a millares de mineros, forzándolos así a regresar a sus pueblos. Ledesma comentó el problema en su programa radial. A la mañana siguiente, conocidos y desconocidos lo felicitaron. «Gracias, señor Ledesma. Por fin alguien se ocupa de nosotros. Los periódicos no dicen absolutamente nada. ¿Sabe usted cuántos hemos sido despedidos? ¿Sabe cuántos regresamos tuberculosos? ¿Sabe cuántos padecemos de silicosis?».

Pero al Director Becerra lo visitó un representante de la Prefectura: que el programa del Colegio, por favor, no se apartara de su misión, la cultura. El Director accedió. «Profesor Ledesma: la Prefectura dice que usted nos está metiendo en camisa de once varas. He prometido moderación. Pero aquí, entre nosotros, siga usted con el programa tal como está. Si los jóvenes no protestan, ¿quién va a protestar? A su edad yo también era rebelde. Pensaba siempre en la frase de González Prada: «¡Rompe el pacto infame de hablar a media voz!». ¡Lo felicito, profesor!

A fin de año solicitaron incorporarlo a la lista de concejales que se propondría al Ministerio de Gobierno. Aceptó. El primero de enero de 1959 lo nombraron. Poco después la «Cerro de Pasco Corporation» comenzó a alambrar las

tierras de la pampa Junín. El Alcalde Atencio enfermó. Ledesma fue nombrado en su reemplazo. Era Alcalde de Cerro cuando sobrevino la masacre de Rancas.

El día que Rancas enterró a sus muertos, el Alcalde Ledesma protestó en un discurso exaltado, colérico, amargo. «En nombre de Cerro de Pasco denuncio este crimen perpetrado por instigación de una compañía imperialista que, con la complicidad de un gobierno antinacional, nos mantiene en la miseria, nos explota y abusa sin misericordia». Habló una hora. Cuando terminó, durante otra hora, los comuneros desfilaron abrazándolo Dios se lo pague señor Alcalde ojalá existieran otras autoridades como usted.

Lo pagó caro.

Semanas después, en la Plaza Carrión, el comandante Bodenaco —jefe del escuadrón que había masacrado a los comuneros de Rancas— se le acercó sonriendo.

—¡Qué suerte encontrarlo, señor Alcalde! Justo me dirigía a su despacho para invitarlo a la inauguración de una gruta a la Virgen de Lourdes, que se ha construido en el cuartel a mi mando.

—Le agradezco su invitación, comandante.

—Entonces, ¿lo esperamos el domingo?

—Qué lástima... porque el domingo tengo otro compromiso.

—La lástima es para usted, señor Alcalde. Porque ese día se ofrecerá una misa solemne y a usted le convendría rezar.

—¿Rezar...?

—Sí. Porque he recibido una orden de captura contra usted.

—¿Contra mí...?

—Sí. Por instigar la masacre de Rancas y por ataque a la Fuerza Armada.

—Pero si usted mismo es testigo... Yo no he hecho absolutamente nada...

—Lo sé, lo sé. Y me es ingrato cumplir con esa orden. Por eso voy a cursarla a Huánuco, a la 21<sup>ra</sup> Comandancia. Pero, como cristiano, permítame aconsejarle: si no puede asistir a nuestra misa, rece aunque sea en su casa. ¡Rece mucho, señor Alcalde!

Ledesma no asistió a la misa sino a la sesión municipal donde se elaboró el programa de las Fiestas Patrias. ¿Cuándo dejaría de nevar? La nieve cubría sus recuerdos, el cementerio de Rancas, la fila de camiones atascados, los Santa Maca Virgen Milagrosa sacanos de este paso sin mal de los pasajeros enfermos. La estufa del Municipio solo calentaba parte del modesto salón. El Concejal Neyra exclamó:

—Hablando con franqueza, ¿ustedes creen que la ciudad está para fiestas? ¿Han visto las caras de la gente? ¿Qué es lo que celebramos?

—Estimado amigo —replicó Ledesma—, es cierto que vivimos días difíciles. Todos nos sentimos afectados por la crisis minera. Pero ¿es motivo para sumirse en la desesperación? ¡Por el contrario! La Municipalidad debe levantar el ánimo de la población. Propongo un gran baile popular. ¡Entrada gratuita!

—Yo sugiero una retreta y una noche de fuegos artificiales —se sumó el Concejal Ventura.

Como en Cerro no hay buenas orquestas ni pirotécnicos, el Alcalde tuvo que viajar a Huánuco. Los concejales Benavides y Justo se ofrecieron a acompañarlo. Sus razones tendrían. Pero a Ledesma, enamorado de una profesora, no le interesaban los burdeles. Llegaron a Huánuco al mediodía y fueron directamente al restaurante «La Cabaña». Iniciaban un arroz con pato cuando irrumpió un sargento de la Guardia Civil.

—¿Señor Genaro Ledesma?

—¿En qué puedo servirlo?

—El coronel Zapata, Jefe de la 21<sup>ra</sup> Comandancia, tiene interés en conversar con usted.